

la investigación para enfrentar procesos de cambio; como también el llamado *design thinking*, el cual genera tanto ideas innovadoras como propuestas de solución. Aproximaciones sugerentes de cara a “la promoción y el fomento de una cultura de la innovación (...) de gran valor y relevancia para los organismos y las instituciones (p. 53).

No obstante, los autores también formulan algunas dificultades propias de la implantación de dinámicas innovadoras y se aquejan de que a menudo las estructuras organizacionales no son proclives a la flexibilidad que la innovación demanda. Así, resulta complicado armar estructuras y políticas de gestión que permitan el trabajo cooperativo a nivel institucional. Los equipos no siempre entregan resultados de forma coordinada y eficiente. Adicionalmente, a nivel individual, cuesta trabajo adaptarse a los proyectos cooperativos y el trato continuo con los compañeros. Por esa razón el libro responde a estas cuestiones con casos de éxito que consiguen, en definitiva, “animar al lector a emprender proyectos multidisciplinarios y multi-culturales para avanzar en la agenda de innovación educativa” (p. 186).

Iñaki Celaya Echarri
Universidad de Navarra

Catela, I. (2018).

Me desconecto, luego existo. Propuestas para sobrevivir a la adicción digital.
Madrid: Encuentro, 127 pp.

No cabe duda de que en la sociedad del siglo XXI nos movemos en la hiperconexión y el fenómeno de la mente colmena, como indica Jean Lanier, padre de la realidad virtual; en el servicio de internet diseñado por una masa anónima, en la mentalidad de rebaño, de la necesidad de mostrarse ante los demás como no se es, de recibir el mayor número de “me gusta” y hacer continuos retoques de la propia imagen... ocultándose detrás de falsas identidades. Por otro lado, y en la misma línea, en palabras del autor, se producen promesas de eterna felicidad unidas al progreso tecnológico, que esconden la degradación de lo humano por la cerrazón sobre sí mismo, el bloqueo del desarrollo y anulación de la personalidad, el bajo rendimiento escolar, la afectación de relaciones de pareja, el aislamiento y la incapacidad para las relaciones interpersonales ...

Ante esto, el autor indica la prudencia que se debe tener en los albores de una revolución de ese calibre. Por eso indica posturas tajantes, como la de Lanier cuando señala que al pedirnos que interactuemos con un ordenador como si fuera una

persona nos conciben como un programa; o la de Sean Parker, creador de Napster, al insistir en la explotación que hacen las redes de la vulnerabilidad de la psicología humana, o también la de Nuccio Ordine, que en el campo educativo muestra cómo el uso de portátiles en las aulas merma la capacidad de atención y empeora las calificaciones, reclamando que la escuela o la universidad sean lugares para reflexionar sobre el auténtico sentido de la amistad, sin confundir esta con un “me gusta” o con tener miles de amigos en las redes.

Pero muestra también otras actitudes contrarias cuando señala que hay algunos que niegan que todo este fenómeno sea tan preocupante, o aquellos que piensan que es una broma que se ha tomado en serio. Por eso propone al lector reflexionar sobre distintos elementos que visualizan el problema.

De ahí que a lo largo del texto Catela intente perfilar las líneas de la sociedad tecnológica que nos envuelve, encuadrando a los *postmillennials*, alertando sobre la situación de aislamiento social agudo de los jóvenes que en número creciente visitan, sin salir de su habitación, el abismo de los otros virtuales, y señalando las posturas ante la nomofobia, tanto las crisis de ansiedad de los que se encuentran sin conexión, como los deseos de descansar en lugares sin wifi, de los que huyen de esa situación. También analiza el fenómeno de la adicción digital, mostrando su coincidencia con los síntomas de otras realidades adictivas. Finaliza proponiendo algunas pautas para integrar la tecnología dentro de una vida lograda.

Después de mostrar en la introducción algunos rasgos narcisistas que nos hacen prescindir del otro para llegar a ser incapaz de establecer una relación con él, Catela menciona, para indicar que la alarma no es infundada, que algunos líderes en este mundo de la tecnología han limitado su uso a sus hijos (así, Jony Ive, creador del Iphone; Bill Gates y Steve Jobs; Evan Williams, fundador de Blogger, Twitter y Medium, entre otros).

En el capítulo dos el autor señala que la “sociedad de las pantallas” es un rebasamiento de la sociedad de la información y del conocimiento, con rasgos de innovación tecnológica y de transformación social, cultural, económica y política. Intenta, de la mano de Daniel Bell, situarla en la historia, de modo que, así como la imprenta –el saber leer y la educación de las masas– estarían en la base de la sociedad industrial, ahora ocuparían su lugar las telecomunicaciones y la informática.

En ese marco, Catela plantea la inquietud moral que surge al considerar que son días de muchas noticias, pero no hay tiempo para verificarlas. Estamos ante una apoteosis del rumor, del chascarrillo, de las *fake news*. Con Alejandro Llano, habla de una cultura que considera la realidad como representación y espectáculo, donde la realidad queda abolida en muchas ocasiones, porque lo que se nos muestra es

ya más real que lo real y nos fascina, de modo que importa sobre todo ver y verse, mostrar y mostrarse, estar en la red.

Continúa en el capítulo tres analizando, con Byung Chul Han, cómo el enjambre digital agudiza el aislamiento y erosiona la comunidad. La transmisión de valores se ha visto desplazada, y cada uno se convierte en el medio. Estamos ante un entorno volátil, inestable, que no forma ningún “nosotros”. No sin razón aparece el término de “rebaño” para designar el fenómeno.

Es en el capítulo cuarto donde Catela describe la evolución de las “generaciones” enganchadas al elixir de la eterna conexión, que al mismo tiempo les aísla. Así, aparecen la X o *Xenials*: 1965-1985; la Y o *Millennials*: 1980-1999; la Z o *Postmillennials*: 1995-2010; y finalmente la T (Generación táctil, también llamada Generación alfa).

Progresivamente, se habla de un “cerebro digital” con el que se piensa con múltiples fragmentos, con mucha información de copia y pega, que genera continua atención parcial. Parafraseando a Ortega, harían propio el “Yo soy yo y mis redes sociales”. Se unen fácilmente a causas online, pero sus vínculos personales y sociales están debilitados; son jóvenes que se desarrollan en una peculiar intimidad asocial y al mismo tiempo se exhiben, a veces sin pudor, en las redes sociales; que son difíciles de manejar, narcisistas, sin concentración, perezosos y se creen con derecho a todo, como indica Simon Sinek.

En el capítulo quinto de *Me desconecto, luego existo. Propuestas para sobrevivir a la adicción digital*, aparece descrito el hecho de los *bikikomoris* japoneses (unos dos millones de afectados en Japón), que se ha ido extendiendo a otros países (en España hay unos pocos centenares, de momento). Muchachos que sufren un aislamiento social agudo, huyendo de su incapacidad para las relaciones sociales. El autor, con López Quintás, hace una interesante distinción entre la experiencia de vértigo y éxtasis en este fenómeno.

La figura de los *nomófobos* aparece en el capítulo seis. Se trata del miedo irracional a salir de casa sin el dispositivo móvil. El autor indica que, aunque es mucho más próximo al común de los conectados que el aislamiento obsesivo, la falta del móvil genera comportamientos inestables o agresivos, a veces acompañados por dolores de cabeza, taquicardias, pensamientos obsesivos, dificultades de concentración, malestar general, inquietud, pánico, entre otros.

En el capítulo siete Catela presenta la dependencia a la conexión como una nueva esclavitud, una adicción. Trata de visibilizar el problema y de sensibilizar sobre él, anotando que parte del drama de la adicción digital es que se trata de una adicción en sí misma, pero además puede influir en el desarrollo de otras adicciones que tienen que ver con la conducta. Señala que puede ser que queramos el bien,

que lo reconozcamos, pero que aún no podamos hacerlo. Entonces es necesario cultivar los hábitos, es decir, la predisposición que adquirimos a volver a actuar en la misma dirección.

Finaliza en el capítulo ocho con una interesante descripción de propuestas para poder abordar en el justo medio, sin temor, pero también sin quitarle importancia, el riesgo de la adicción digital. Catela anima, de la mano de numerosos autores, a encontrarle un significado a la tecnología. Nos propone una sugerente antropología del silencio y la esperanza, y señala como objetivo desconectar para volver a conectar, no más pero sí mejor.

Alejandra Peñacoba Arribas
Universidad de Burgos

García Amilburu, M., Bernal, A. y González Martín, M. R. (2018).

Antropología de la educación. La especie educable.

Madrid: Síntesis. 203 pp.

Decía Jacinto Choza que el ser humano debe saber lo que es para serlo. Dicho de otro modo: lo que debemos ser, la plenitud a la que debemos aspirar, no resulta evidente sino que debe aprenderse. Requiere, pues, de un trabajo complejo que no es solo el fruto de la propia reflexión individual, sino también del universo simbólico y material en el que nos desarrollamos y que reconocemos con el nombre de cultura. Esta reflexión sobre lo que somos recibe el nombre de antropología, y su profunda relación con la educación la convierte en uno de los estudios básicos para todo educador que quiera ser algo más que un técnico que se limite a transmitir objetivos ajenos.

Las autoras del texto que traemos para el análisis, María García Amilburu, Aurora Bernal y Rosario González Martín, así lo han entendido, y han elaborado un texto con una estructura adecuada para convertirse en manual universitario de tan relevante disciplina. Todas ellas son especialistas en antropología de la educación, la han enseñado en distintas universidades y han escritos numerosos textos de investigación sobre los temas centrales de esa materia. Cultivan un enfoque filosófico, que aunque no es el único que puede darse a esta disciplina, no nos es ajeno, y enlaza con la tradición antropológica de raíz más germánica.

El libro está estructurado en cuatro partes. Una primera, dividida a su vez en dos capítulos, introduce la disciplina. En el primero se da cuenta taxonómicamente del lugar de la disciplina de la antropología de la educación en el conjunto de las disciplinas antropológicas, mientras que el segundo, sobre la idea del ser humano